

CONSTRUYENDO SOBRE EL ÉXITO

Joseph R. Biden, Jr.
Vicepresidente de Estados Unidos.

El vicepresidente norteamericano asegura que su país es “más fuerte y más seguro” que cuando Barack Obama asumió la presidencia y describe la política exterior de su gobierno de cara a la próxima administración. Afirma que “frente a los enormes desafíos y oportunidades sin precedentes, el mundo necesita, más que nunca, un liderazgo estadounidense estable.

La próxima administración tomará las riendas de la política exterior de Estados Unidos en un mundo que es más complejo que en cualquier otro momento de nuestra historia moderna. Pero también, a pesar de la proliferación de amenazas y desafíos, desde todo punto de vista, estamos más fuertes y más seguros hoy que cuando el presidente Barack Obama asumió en enero de 2009. Gracias a nuestras inversiones domésticas y nuestros compromisos internacionales, Estados Unidos está en el punto justo para seguir siendo la principal potencia mundial en las próximas décadas. Con más de cuarenta años en el servicio público, nunca he sido más optimista sobre el futuro de Estados Unidos, es mi deseo que sigamos liderando.

LAS BASES DEL PODER

Desde el comienzo, nuestra administración creyó que las bases del liderazgo mundial de Estados Unidos yacen, en primer lugar, en nuestra economía dinámica, nuestras fuer-

zas armadas inigualables y nuestros valores universales. Hemos construido en base a estas fortalezas centrales, expandiendo y modernizando la red de alianzas y sociedades de Estados Unidos, que no tienen igual, e integrándolas dentro de un orden internacional más amplio de normas e instituciones.

Habiendo heredado una profunda recesión económica, nuestra administración buscó primero, a través de una ardua recuperación, encauzar una economía colapsada. Al hacerlo restablecimos nuestra posición como la economía más fuerte e innovadora del mundo, respaldada por el estado de derecho, las más excelentes universidades de investigación y una cultura incomparable de espíritu emprendedor. Las inversiones inteligentes junto con el ingenio estadounidense hicieron también de este país el epicentro de una revolución energética global, tanto en recursos renovables como en combustibles fósiles.

“
La mayor fortaleza no es el ejemplo de nuestro poder sino el poder de nuestro ejemplo. Es nuestra adhesión a nuestros valores y compromiso con la tolerancia lo que nos diferencia de otras grandes potencias.
 ”

Y estamos viendo los resultados de una economía revitalizada en el crecimiento sostenido del empleo, el cambio de la tercerización al empleo de mano de obra nacional y un consenso renovado de que una vez más Estados Unidos es el mejor país para los negocios de inversión en todo el mundo, como lo señala el *ranking* de la consultora A. T. Kearney que, por cuarto año consecutivo, lo mantiene en el primer puesto como destino de las inversiones directas extranjeras.

La economía dinámica es fundamental para sostener nuestras inigualables fuerzas armadas. Continuamos superando a nuestros competidores, invirtiendo más de nuestro presupuesto en la defensa en general que los siguientes ocho países juntos. Tenemos las fuerzas terrestres más idóneas en la historia del mundo y una habilidad sin igual

para proyectar la potencia naval y aérea hacia cualquier rincón del planeta. Y gracias, en gran medida, a nuestros esfuerzos por fortalecer las fuerzas de operaciones especiales estadounidenses, por ampliar nuestras capacidades en el espacio y ciberespacio, y por invertir en sistemas no tripulados y otras tecnologías innovadoras, hemos logrado una buena posición como para mantener nuestra ventaja cualitativa durante los próximos años.

Esto es parte de una defensa estratificada que se hizo más fuerte con sólo habernos focalizado sobre la seguridad nacional, incrementando la misma en nuestras fronteras, mejorando la seguridad y los controles en los puertos, y fortaleciendo los procedimientos de inspección en los aeropuertos. Nuestros profesionales de inteligencia y aquellos encargados de hacer cumplir la ley lograron un nivel de coordinación, entre ellos y con sus pares alrededor del mundo, sin precedentes, frustrando infinidad de potenciales ataques. Y con la ayuda de Estados Unidos, nuestros socios, a modo de devolución, ahora comparten más información, como los registros de pasajeros, aumentando así la seguridad mientras se protegen las libertades civiles.

Esto nos habla de otra realidad: la mayor fortaleza no es el ejemplo de nuestro poder sino el poder de nuestro ejemplo. Más que nada, es nuestra adhesión a nuestros valores y nuestro compromiso con la tolerancia lo que nos diferencia de otras grandes potencias. No dudo de que las futuras generaciones de estadounidenses estarán orgullosas de la forma en que duplicamos nuestra apuesta en los últimos siete años y medio para sostener la dignidad humana básica al prohibir las torturas, al proponer un sistema de inmigración más tolerante, al expandir las oportunidades para las mujeres y al defender los derechos de la comunidad LGBT a nivel nacional e internacional.

Esto no sólo es lo que hay que hacer; también es la estrategia correcta, porque nuestro compromiso con la defensa motiva a los demás a respaldarnos. Es fundamental, ya que nuestra red inigualable de aliados y socios (desde nuestras alianzas principales en Europa y Asia hasta las sociedades en



Marcha por la igualdad de derechos para la comunidad LGBT en Washington DC, Estados Unidos.

desarrollo en África, América Latina y Medio Oriente) multiplica nuestra capacidad para liderar. Es así como movilizamos la acción colectiva para abordar todos los desafíos importantes, desde el Estado Islámico (o ISIS) hasta el Ébola o el cambio climático.

La misma importancia ha tenido nuestro compromiso con el fortalecimiento del sistema internacional abierto al abrazar el enfoque, probado por el tiempo, que llevó al crecimiento de Estados Unidos en el siglo pasado. Este país construyó la arquitectura base del orden internacional después de la devastación de la Segunda Guerra Mundial, y desde entonces dicha estructura nos ha servido a nosotros y al resto del mundo. Por eso hemos invertido tanta energía en la defensa y extensión de reglas, con la firma de acuerdos históricos de control armamentista y de no proliferación y poniendo los esfuerzos mundiales para proteger los materiales nucleares, para expandir el comercio, para cuidar el medioambiente y para promover nuevas normas dirigidas a desafíos emergentes en el mar y en el ciberespacio.

Como resultado, no hay país mejor posicionado que Estados Unidos para ser líder en el siglo XXI. Pero vale la pena recordar que nuestro rol indispensable en el mundo no es imprescindible. Si la próxima administración decide volcarse a lo nacional, podría echar a perder el progreso que tanto costó y que logramos en los últimos siete años y medio y también en las últimas siete décadas.

Aún cuando el próximo presidente se enfrente a innumerables asuntos, hay cuatro tareas que, por su importancia, son ineludibles: tomar las oportunidades de transformación en ambos lados del Pacífico, administrar las relaciones con potencias regionales, llevar al mundo a abordar desafíos transnacionales complejos y derrotar el extremismo violento.

OPORTUNIDADES EN EL PACÍFICO

-

El próximo presidente debería profundizar el compromiso de Estados Unidos con las re-

giones más dinámicas del mundo y captar las posibilidades en ambos lados del Pacífico, comenzando aquí mismo, en el hemisferio occidental. Canadá, América Latina y el Caribe tienen un impacto muy importante en nuestra seguridad y prosperidad nacional, y en el siglo XXI, el hemisferio occidental debería estar entre nuestras prioridades en materia de política internacional.

Ya estamos viendo las devoluciones de un enfoque renovado sobre la región. Gracias a la forma en que el presidente Obama y yo hemos dado prioridad a la mejora de las relaciones con nuestros vecinos, incluyendo la apertura a Cuba, la posición de Estados Unidos en el hemisferio nunca ha sido más elevada. La próxima administración debería construir sobre este impulso que fortalece la seguridad y la prosperidad del pueblo a través de las Américas. Las condiciones están dadas para profundizar la cooperación con Canadá y México, para capitalizar los lazos renovados con la Argentina, para mantener un compromiso sin precedentes con América Central y para expandir nuestras sociedades con líderes regionales como Brasil, Chile y Colombia.

Los desafíos sin duda siguen presentes, incluyendo la inmigración indocumentada, el tráfico de drogas, la corrupción generalizada y las débiles instituciones democráticas, pero hoy la región está más definida por oportunidades que por crisis. Las oportunidades incluyen la posibilidad de comercio e inversiones más fuertes, de mayor integración en materia de energía, y un hemisferio más pacífico en el que Estados Unidos ayude a poner fin a los conflictos que ya llevan mucho tiempo, como lo hemos hecho en Colombia. Aún más, por primera vez en la historia, es posible imaginar un hemisferio de clase media, democrático y seguro desde los confines septentrionales de Canadá hasta el extremo meridional de Chile.

En el otro lado del Pacífico, hemos recargado nuestro compromiso con Asia. La próxima administración heredará alianzas, hachas mediante tratados, con Australia, Japón, las Filipinas y Corea del Sur, países que están en su mayor punto de fortaleza.

No siempre es fácil explicar, pero es lógico que Estados Unidos sea más rico y seguro porque las democracias avanzadas del mundo están de nuestro lado. También es verdad que ser el principal proveedor de seguridad en Asia no es gratis. Pero nunca deberíamos subestimar los extraordinarios costos económicos que significaría para el pueblo estadounidense si Asia entrara en conflicto, algo mucho más probable en ausencia de un liderazgo estadounidense sostenido.

“
Ser el principal proveedor de seguridad en Asia no es gratis. Pero nunca deberíamos subestimar los extraordinarios costos económicos si Asia entrara en conflicto, algo mucho más probable en ausencia de un liderazgo estadounidense sostenido.
 ”

La próxima administración deberá expandir nuestra red de relaciones más allá de nuestras alianzas importantes, construyendo sobre las oportunidades históricas que hemos creado para respaldar la transición democrática en Myanmar, fortaleciendo los lazos con Vietnam, administrando las relaciones con China, expandiendo la sociedad estratégica con India, y trabajando con la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático para promover un orden basado en normas.

Y como Asia alberga a la mitad de la población mundial y muchos de los mercados globales en rápido crecimiento, simplemente no podemos darnos el lujo de ignorar las oportunidades económicas que hay allí. Por eso es prioridad para nuestra administración asegurar el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP por sus siglas en inglés). Las doce economías del TPP constituyen el 30 por ciento del comercio global, el 40 por ciento del producto bruto interno mundial, y el 50 por ciento del crecimiento económico mundial proyectado. Gracias al liderazgo de Estados Unidos, el tratado incluye cláusulas que impondrán estándares internacionales para la protección de los

derechos de los trabajadores, del medioambiente y de la propiedad intelectual. En ausencia de estas normas, es probable que la región sea testigo de una carrera al abismo, en la figura de acuerdos comerciales regionales débiles y de bajos estándares que excluyan a Estados Unidos. Este tratado versa tanto sobre geopolítica como sobre economía: en cuanto al comercio, a la seguridad marítima en el Mar del Sur de China, o a la no proliferación nuclear en el Noreste de Asia, Estados Unidos debe tomar la delantera en la redacción y puesta en marcha de reglas; de lo contrario, dejaremos un vacío que seguramente nuestros competidores intentarán llenar.

ADMINISTRACIÓN DE POTENCIAS REGIONALES

En casi todas partes del mundo, Estados Unidos se enfrenta a potencias regionales que poseen una gran capacidad de contribuir al orden internacional, o de socavarlo. Mucho depende de la forma en que Estados Unidos elija liderar.

Nunca nada más cierto que en nuestra relación con China. Nuestro país y China son las dos economías más grandes del mundo, por eso nuestros destinos están ineludiblemente ligados. El presidente Obama y yo hemos buscado definir esta relación a través de la cooperación ampliada y la competencia responsable. Hemos encontrado bases en común con Pekín y hemos hecho un progreso histórico para abordar desafíos mundiales como el cambio climático, las enfermedades pandémicas, la pobreza y la proliferación nuclear. Al mismo tiempo, hemos permanecido firmes en cuestiones como los derechos humanos, la propiedad intelectual y la libertad de navegación.

Este malabarismo sólo se dificultará en un contexto de desaceleración económica china y las medidas preocupantes que Pekín está tomando para revertir el curso de más de tres décadas de reforma económica y apertura al mundo. Como resultado, la próxima administración deberá encauzar una rela-

ción con China que incluya una cooperación exitosa y, potencialmente, una competencia intensificada. Y a veces, como al enfrentar una amenaza cada vez mayor desde Corea del Norte, coexistirán la cooperación y la competencia con China. La idea de que sea una u otra tiene poca visión de futuro y es contraproducente.

Lo mismo aplica con respecto a Rusia, con la cual Estados Unidos debería continuar intentando una política que combine la necesidad urgente de disuasión, por un lado, con la búsqueda prudente de una cooperación táctica y una estabilidad estratégica, por el otro. El intento ilegítimo de Rusia de anexionarse a Crimea y su constante agresión sobre el este de Ucrania violan los principios fundacionales del orden posterior a la Guerra Fría: soberanía e inviolabilidad de las fronteras en Europa. Como respuesta, hemos reunido a nuestros aliados en Europa y otros lugares para imponer costos reales sobre Moscú, haciéndole saber que esta presión continuará hasta que Rusia defienda sus compromisos según los acuerdos firmados en Minsk con el objeto de poner fin al conflicto.

“
La próxima administración deberá encauzar una relación con China que incluya una cooperación exitosa y, potencialmente, una competencia intensificada. La idea de que sea una u otra tiene poca visión de futuro y es contraproducente.
 ”

Mientras tanto, la combinación de nuestros 3400 millones de dólares de la Iniciativa de Reaseguro Europeo y los nuevos despliegues de la OTAN en Polonia y los países bálticos fortalecerán a nuestros aliados europeos y proveerán un bastión contra una mayor agresión rusa. Durante años, también impulsamos a Europa a invertir más en defensa y a diversificar sus provisiones energéticas para reducir su susceptibilidad a la coerción. Ahora comenzamos a ver un progreso en estos frentes. Y la próxima administración debería redoblar el compromiso



Conferencia de prensa del presidente estadounidense, Barack Obama, y su par polaco, Andrzej Duda, durante la cumbre de la OTAN en Varsovia, Polonia. 8 de julio de 2016.

estadounidense en el fortalecimiento de la OTAN y nuestra sociedad con la Unión Europea, aún cuando Londres y Bruselas negocien su relación en curso.

La inversión en las instituciones principales del Occidente no requiere volver al pensamiento simplista de la Guerra Fría, sin embargo, Estados Unidos debería permanecer abiertos a la cooperación con Rusia donde nuestros intereses se superponen, como lo demostramos en el acuerdo nuclear con Irán y con el acuerdo Nuevo START sobre armas nucleares. También es difícil imaginar el final de la guerra en Siria sin un *modus vivendi* entre Washington y Moscú. Y mientras las nuevas tecnologías militares aumentan los riesgos de errores de cálculo e incrementos, necesitaremos canales funcionales y estables con Rusia para comunicar claramente nuestras intenciones y mantener una estabilidad estratégica.

Existe una transparencia moral atractiva en la división del mundo en amigos y enemi-

gos. Pero en realidad, el progreso en asuntos internacionales a menudo requiere trabajar con aquellos con quienes no tenemos el mismo parecer. Por eso, nuestra administración tomó la posibilidad de avanzar más allá de tres décadas de conflicto con Irán para lograr un acuerdo nuclear. Teherán no es ni amigo ni socio. Pero nuestra predisposición para romper con los tabúes y enfrentar al régimen directamente, combinada con nuestro éxito en la movilización de una presión internacional sin precedentes sobre Irán para negociar, lograron pacíficamente disuadir una de las amenazas más importantes a la seguridad mundial: el fantasma de Irán obteniendo un arma nuclear.

Un año después, la negociación habla por sí misma: el acuerdo funciona. Podemos verificar que Irán ha quitado dos tercios de sus centrifugadores, envió fuera del país el noventa y ocho por ciento del uranio de bajo enriquecimiento (suficiente para unas diez armas nucleares), quitó el corazón de su reactor de plutonio de Arak y lo relleno con

hormigón y otorgó a los inspectores internacionales, en un acto sin precedentes, el acceso a su cadena de provisión nuclear completa para asegurar su cumplimiento. El acuerdo bloquea toda posibilidad de que Irán pueda desarrollar armas y abre la posibilidad de un acuerdo posterior con Teherán si el régimen modera su conducta. Si, como lo han propuesto algunos, se rompiera el tratado ahora, el programa nuclear de Irán quedaría sin restricciones, se incrementaría la amenaza para Israel y sus socios en el Golfo, volcaría a la comunidad internacional en contra de Estados Unidos y elevaría dramáticamente la posibilidad de otra guerra más importante con Medio Oriente.

Los críticos del compromiso deberían recordar que el objetivo del tratado nuclear nunca fue resolver todos nuestros problemas con Teherán. Las tratativas con Irán no necesariamente deben ir en detrimento de nuestros compromisos invulnerables con nuestros aliados y socios en Medio Oriente, incluso con Israel. Estados Unidos conservó todos los medios necesarios, incluidos las sanciones selectivas, para sostener la responsabilidad de Irán por sus actividades con misiles balísticos, por su respaldo al terrorismo y las violaciones de derechos humanos, y estamos comprometidos a trabajar con nuestros aliados y socios para retroceder en contra de la conducta desestabilizadora de Irán.

ABORDAJE DE DESAFÍOS TRANSNACIONALES

Las amenazas transnacionales como los patógenos, las alteraciones ambientales, los virus de computadoras y las ideas maliciosas no respetan fronteras. Aún en tiempos más sencillos, el aislamiento nunca ofreció más que un falso sentido de seguridad. Y ahora, más que nunca, no podemos aislarnos de estos peligros y sentarnos a esperar que otros resuelvan los problemas del mundo por nosotros. Como acertadamente escribió el columnista Thomas Friedman: "Si uno no va a la montaña, la montaña puede venir a uno".

Hemos aprendido que la verdadera seguridad requiere soluciones que atraviesen las fronteras, como cuando cruzamos el mundo para abordar la epidemia del Ébola en África Occidental en 2014. A pesar de esta enfermedad aterradora, enfrentamos los llamados históricos a las cuarentenas y las prohibiciones sobre los viajes y, en cambio, seguimos a la ciencia. Reunimos todas nuestras fuerzas, desde nuestras fuerzas armadas hasta nuestros profesionales del cuidado de la salud y del desarrollo. Y con una diplomacia incansable, llevamos al mundo a proveer asistencia urgente y coordinada que finalmente salvó cientos de miles de vidas.

Más allá del Ébola, realizamos inversiones significativas y construimos nuevas sociedades para luchar contra el VIH/SIDA, para contrarrestar la malaria y para mejorar la salud de mujeres y niños en toda África. Y a través de la Agenda de Seguridad Sanitaria Mundial, una sociedad formada entre Estados Unidos y otros cincuenta países que nuestra administración lanzó en 2014, estamos fortaleciendo la capacidad de los países vulnerables en África y en todo el mundo para combatir futuros brotes. La mejora de la seguridad sanitaria es sólo una faceta de nuestra relación cada vez más fuerte con África. A través de foros como la Cumbre de Líderes Estados Unidos-África y la Iniciativa de Jóvenes Líderes Africanos, nos hemos comprometido con los líderes africanos en todos los niveles, desde los jefes de Estado hasta la sociedad civil, expandiendo y profundizando las sociedades que contribuyen al futuro cada vez más brillante del continente.

El liderazgo estadounidense también fue decisivo al abordar el cambio climático. Las inversiones emblemáticas de nuestra administración triplicaron la cantidad de energía que obtenemos del viento e incrementaron veinte veces nuestra energía solar desde 2008. Hemos fijado normas que duplicarán la eficiencia del combustible en nuestros automóviles para el año 2025, y hemos establecido un plan sin precedentes para reducir la cantidad de dióxido de carbono que emiten nuestras plantas de energía. Estos son los pasos más significativos de Estados Unidos realizados a nivel doméstico para comba-

tir el cambio climático y, como lo demuestran nuestras acciones, tomamos esta amenaza muy seriamente y pudimos motivar a otros países a realizar compromisos concretos, comenzando por China, el emisor líder mundial. Así fue como logramos el histórico acuerdo de París el año pasado para enfrentar el cambio climático.

Al mismo tiempo, estamos trabajando para incrementar la resistencia de las comunidades que ya se ven afectadas por las temperaturas que se incrementan y el clima extremo, en casa y alrededor del mundo. Estamos implementando estrategias para abordar el riesgo cada vez mayor de inundaciones en las comunidades costeras y estamos mejorando nuestra resistencia nacional frente a las sequías en el largo plazo. También estamos realizando consideraciones climáticas dentro de nuestros esfuerzos por promover el desarrollo sustentable en el mundo, incluidos programas de ayuda como Alimentar el Futuro, que respalda la agricultura climáticamente inteligente. Nuestra promesa de 3 mil millones de dólares al Fondo Verde para el Clima de las Naciones Unidas ayudará a las naciones más pobres y vulnerables para que puedan resistir mejor ante el cambio climático. Y a través de una iniciativa audaz llamada *Power Africa*, establecimos el objetivo de duplicar el acceso a la electricidad en el continente a través de métodos limpios y sustentables.

A través de todos estos esfuerzos, hemos realizado el trabajo preliminar para proteger el planeta. Pero las oportunidades que surjan sólo podrán aprovecharse si el próximo presidente sigue la ciencia, reconoce los peligros de hacer nada y se arma de voluntad política para enfrentar la amenaza.

Hay otras amenazas transnacionales que aparecerían con solo apretar una tecla, sean actores estatales tomando ilegalmente información comercial o gubernamental o hackers criminales de Corea del Norte, de Irán o anónimos realizando ataques cibernéticos sobre empresas estadounidenses. Por eso hemos fortificado nuestras defensas cibernéticas, hemos expandido las sociedades con el sector privado y con otros gobiernos, hemos autorizado al Departamento del Tesoro a que

imponga sanciones contra hackers malintencionados, hemos ampliado las capacidades técnicas y de atribución, y hemos trabajado para mejorar nuestra habilidad para responder a los ataques cibernéticos y para recuperarnos de ellos.

Mientras tanto, hemos asegurado una cantidad de compromisos importantes desde China sobre sus acciones en línea, incluyendo un acuerdo para no realizar espionaje económico cibernético para lograr una ganancia comercial, y una cantidad de otros Estados nos siguen y se aseguran compromisos similares. Seguimos respaldando una Internet abierta, transparente e interoperable como un motor de crecimiento económico y de la sociedad civil. Finalmente, estamos construyendo una coalición cada vez mayor de Estados con ideas similares alrededor de un conjunto de normas voluntarias de conducta estatal responsable en tiempos de paz, un esfuerzo importante para mejorar la estabilidad en el ciberespacio, que fue promovido por los líderes de los países más idóneos, incluyendo aquellos del G-7 y del G-20.

La próxima administración debería tomar este bastón y correr con él, perfeccionando los principios para guiar la revolución digital como parte de un esfuerzo más amplio para delinear nuevas reglas para el espacio, el mar y otros dominios más importantes que definirán el comercio y la competencia en las próximas décadas.

DERROTAR EL EXTREMISMO VIOLENTO

-

El terrorismo y el extremismo violento quizá constituyen el ejemplo más molesto de un peligro virulento transnacional que requiere el liderazgo constante de Estados Unidos. Al Qaeda, ISIS y sus retoños representan verdaderas amenazas, y los ataques en París, en San Bernardino, en Bruselas, en Orlando, en Estambul y otros lugares nos recordaron una y otra vez que el terrorismo puede atacar en cualquier lugar. Al mismo tiempo, incluso en medio de un clima de temor e incertidumbre, debemos recordar que los terroris-



Richard Levine/Alamy/Latinstock

Periódicos en un kiosco de noticias en Nueva York el lunes 2 de mayo de 2011 informando sobre el asesinato de Osama Bin Laden en Abbottabad, Paquistán.

tas no pueden destruir a Estados Unidos o a nuestra civilización. Son amenazas significativas, pero no existenciales, y nunca debemos subestimar la fortaleza y la resistencia del pueblo estadounidense.

El terrorismo debe ser y será derrotado. Pero una guerra de más de una década en Afganistán y en Irak nos ha enseñado algunas lecciones muy duras sobre el momento y la forma en que se debe desplegar el poder militar para abordar este peligro. Aún habiendo quitado más de ciento sesenta y cinco mil tropas estadounidenses de combate en Afganistán e Irak, el presidente Obama nunca dudó en usar la fuerza para defender al pueblo estadounidense cuando fue necesario. Basta con preguntarles a Osama Bin Laden y a los agentes principales de Al Qaeda en Afganistán y en Paquistán, a los líderes de las filiales de Al Qaeda en Somalia y en Yemen, y a los más de ciento veinte líderes y comandantes principales de ISIS. Nuestra administración no se vio paralizada por una ideología de restricciones, tal

como lo afirman la mayoría de nuestros críticos francos. En cambio, consideramos cuidadosamente el uso de la fuerza porque entendemos los terribles costos humanos y las consecuencias imprevistas de la guerra. Debemos asegurar que cuando usamos la fuerza, sea efectiva. En consecuencia, hemos tomado medidas militares precisas y proporcionadas, guiados por una clara misión que fomenta los intereses estadounidenses. Cuando fue posible, actuamos junto con los aliados y socios para que compartieran la carga y el éxito de la misión.

Y quizá lo más importante, hemos utilizado la fuerza de una forma sustentable. Hemos aprendido claramente que el éxito en el campo de batalla no perdurará si la participación de las fuerzas armadas estadounidenses supera los desarrollos políticos en el terreno o la capacidad de los socios locales de controlar su propio territorio. Para que la victoria frente a Al Qaeda y a ISIS perdure, se necesitarán fuerzas nativas viables para mantener las áreas liberadas, para reconstruir las co-

comunidades afectadas y para gobernar con efectividad. Por eso hemos trabajado con más de tres docenas de naciones para entrenar a las fuerza afganas para poder perseguir a Al Qaeda y a otros grupos terroristas. Y por eso hemos invertido tanto en la formación de una sociedad con el gobierno del Acuerdo Nacional en Libia y con otros gobiernos africanos, desde Nigeria hasta Somalia y Túnez, para ir tras las filiales de Al Qaeda y de ISIS.

En Irak y en Siria, hemos construido una coalición de sesenta y seis miembros para entrenar a las fuerzas locales y hemos provisto a las comunidades afectadas con asistencia humanitaria y de estabilización importantes. Hemos desplegado fuerzas de operaciones especiales, y a partir de julio de 2016 nuestra coalición llevó a cabo más de trece mil ataques aéreos en respaldo de las fuerzas terrestres locales. Compartiendo una inteligencia mejorada y cooperando en el cumplimiento de la ley, hemos trabajado con nuestros socios para mejorar la seguridad fronteriza, para reducir un cincuenta por ciento la entrada de combatientes extranjeros en Irak y para agotar las finanzas de ISIS. El resultado: ISIS está perdiendo. Durante los últimos dos años, el grupo estuvo bajo sitio desde el oeste de Irak hasta el norte de Siria, perdiendo aproximadamente la mitad del territorio poblado que alguna vez tuvieron en Irak y más del veinte por ciento en Siria. Hemos sacado miles de combatientes del frente de batalla de ISIS fuera del campo, y el grupo perdió un cuarto de su fuerza humana total. Su confianza se debilita drásticamente y su control sobre poblaciones locales cede.

Mientras tanto, estamos trabajando con la comunidad internacional para proveer miles de millones de dólares en ayuda humanitaria para las personas que fueron desplazadas en Irak y Siria y para los refugiados de la región y miles de millones más para estabilizar y reconstruir las comunidades liberadas por el ISIS. Para abordar los agravios que otorgan a esos grupos un poco de oxígeno, nos comprometimos a los más altos niveles en Irak para promover una mayor inclusión política y reconciliación dentro de las divisiones etnosectarias del país. Y perseguimos agresivamente un

acuerdo diplomático para lograr una transición política en Siria, porque no sólo no hay solución militar al conflicto, sino que tampoco hay un camino para darle fin mientras Bashar Al Assad permanezca en el poder.

Vale la pena recordar que lo que inicialmente distinguió a ISIS en 2014 fue el intento del grupo de forjar un califato estatal, tal como ellos mismos describen, en el corazón del mundo árabe. Así se arriesgó la creación de una plataforma territorial para los ataques sobre Occidente. Esta es la amenaza que estamos desmantelando sistemáticamente en Irak y en Siria, y en la que estamos trabajando en Libia.

“
La campaña contra el extremismo sólo triunfará si mantiene de nuestro lado a los mil quinientos millones de musulmanes del mundo, cuya vasta mayoría rechaza las ideas salafistas yihadistas.
 ”

Pero aún cuando el potencial califato de ISIS fuera destruido, el desafío yihadista continuará. Otros movimientos violentos yihadistas con la orden del día ya localizada, algunos diferentes del ISIS y otros que han adaptado su marca comercial, es probable que continúen explotando espacios no gobernados y amenazando la estabilidad en países clave. Boko Haram fue una amenaza para Nigeria mucho antes de que se renombrara la Provincia del Estado Islámico en África Occidental, por ejemplo, y aún deberá ser abordada aunque el corazón de ISIS sea destruido. En sentido más amplio, la ideología yihadista de los salafistas que apoya a esos grupos no requiere un territorio para radicalizar a los lobos solitarios para llevar a cabo ataques como los de San Bernardino, Orlando y Niza. Y los luchadores extranjeros que regresan a su hogar desde el frente pueden continuar intentando ataques como los de París y Bruselas.

Aún cuando el potencial califato de ISIS fuera destruido, el desafío yihadista continuará. La próxima administración deberá continuar

abordando este desafío de una forma inteligente, sustentable y holística. Este requerirá de una aplicación disciplinada de las fuerzas armadas, junto con los mejores esfuerzos de inteligencia y de comunidades que hagan cumplir la ley, diplomáticos y profesionales del desarrollo. Requerirá el trabajo con socios locales y con la comunidad internacional para mejorar la gobernabilidad en países frágiles y en decadencia. Y esto significará contrarrestar las ideologías tóxicas presentes.

Pero esta campaña tan amplia contra el extremismo violento sólo triunfará si se lleva a cabo de una forma consistente con nuestros valores y si mantiene de nuestro lado a los mil quinientos millones de musulmanes del mundo, cuya vasta mayoría rechaza las ideas salafistas yihadistas. Sabemos que Al Qaeda, ISIS, y los de su tipo quieren provocar un choque de civilizaciones en la que los estadounidenses piensen sobre los musulmanes en términos de confrontación. El año pasado, el líder máximo de ISIS, Abu Bakr Al Baghdadi, reveló el objetivo de los ataques de su grupo: "Obligar a los cruzados a destruir activamente la zona gris ellos mismos. Pronto los musulmanes se encontrarán con que deberán definirse por una de las dos opciones: o abandonar la causa o emigrar al Estado Islámico y escapar así de la persecución". Nunca deberíamos permitir que estos grupos ganen rindiéndonos en la guerra religiosa que es lo que ellos quieren. Esto solamente incrementa la prima sobre la adhesión a nuestros valores y el rechazo de las tácti-

cas de nuestros enemigos: torturas, violencia indiscriminada e intolerancia religiosa. De lo contrario, no sólo se violan nuestros valores sino también se daña profundamente nuestra seguridad.

UNA ORDEN DEL DÍA QUE PERDURA

-

La próxima administración tendrá mucho para hacer: unir el hemisferio occidental, profundizar nuestras alianzas y sociedades en Asia, administrar relaciones complejas con potencias regionales y abordar desafíos transnacionales graves, como el cambio climático y el terrorismo. Pero debido a las medidas que hemos tomado y a la energía inagotable y la resistencia del pueblo estadounidense, nunca fui más optimista sobre nuestra capacidad de conducir a la comunidad internacional hacia un futuro más pacífico y próspero. Sin embargo, debemos enfatizar que el liderazgo estadounidense nunca surgió de una magia inherente. Lo hemos ganado una y otra vez gracias al trabajo duro, a la disciplina y al sacrificio.

Simplemente, hay mucho en juego para Estados Unidos como para abandonar sus responsabilidades ahora. Las elecciones que hagamos hoy guiarán el futuro de nuestro planeta. Frente a grandes desafíos y oportunidades sin precedentes, el mundo necesita, más que nunca, un liderazgo estadounidense estable ●